

CAPITULO V.

No cubrirá el olvido tu memoria ;
Coras, levántate; sube mas alto
Que nuestro juramento, bronce eterno,
De tu mismo metal , y que á tu sombra
Vivan en paz amigas las naciones.

DRYDEN. *Absalon y Architopel.*

Habiase empleado la mañana que Carlos estuvo en la Torre de un modo muy distinto por los desgraciados á quienes su adverso destino y el caracter singular del tiempo habia conducido á esta prision de estado , pues aun siendo tan inocentes , se les habia notificado que se

veria su causa siete dias despues en el tribunal real de Westminster. El anciano y valiente caballero dirigió un sarcasmo al oficial que le llevó la noticia, porque le perturbaba á la hora del desayuno. Pero dejó escapar una señal de sensibilidad muy natural cuando supo se hallaba comprendido su hijo en la misma acta de acusacion.

No tratamos de dar cuenta mas que en términos generales de este proceso, cuyas formas fueron casi las mismas que las observadas hasta entonces en todas las causas criminales, suscitadas con motivo de la supuesta conspiracion de los papistas. Uno ó dos testigos infames y perjuros, cuya profesion se habia hecho lucrativa de un modo espantoso afirmaban con juramento que el acusado se habia declarado miembro de la gran confederacion católica. Otros adelantaban hechos ó sospechas que propendian á comprometer su reputacion de buen protestante ó de leal vasallo, y fuese en las pruebas directas, fuese en las presunciones, siempre habia con que autorizar jueces corrompidos y jurados perjuros pa-

ra pronunciar la condenacion del inocente.

Sin embargo, comenzaba por entonces á calmarse el furor del pueblo apurado ya por la violencia. La nacion inglesa se distingue de todas las demas, aun de las que habitan los otros dos reinos sometidos á la misma corona, en que se harta fácilmente de castigar, aun cuando supone el castigo muy merecido. Otras naciones son como el tigre domesticado á quien habiéndole permitido una vez saciar su sed natural de sangre no respira mas que carnage. Pero el pueblo inglés siempre se ha parecido mas á cierta especie de perros fogosos en perseguir la presa, y que de repente se paran si ven alguna señal de sangre en el camino*.

Examinábase mas de cerca cual era el caracter de los testigos si estaban acordes sus respectivas deposiciones. Comenzábanse á concebir sospechas fundables de gentes que no que-

* Y esta parte de la historia de Inglaterra cuyo historiador digno podria ser el verdugo y no otro, como dice Voltaire. Pero el pájar no debe salir de su nido, para servirnos del dicho que emplea el posadero de Cumnor. — Ed.

rían decir habían declarado completamente todo lo que sabían, y que reservaban siempre alguna declaración para otra oportunidad.

El rey mismo que á la primera manifestacion de la rabia popular había quedado pasivo, parecia despertar de un letargo profundo, lo que producía un efecto notable en la conducta de los consejeros de la corona y aun en la de los jueces. Había sido inocente sir Jorge Wakeman, á pesar de la declaración del famoso Oates, y se había excitado mucho la atención del público en cuanto á resultado que podría tener la causa que debía verse despues, y era justamente la de los Peveril padre é hijo, con quienes, no se sabe por que clase de connexion se había tambien presentado á la barra del tribunal real el enano nuestro amigo sir Geoffrey Hudson.

Era un espectáculo lastimoso ver á un padre y un hijo, separados mucho tiempo había, y que se vuelven á ver juntos en tan deplorables circunstancias; y mas de uno en los asistentes no pudo contener las lágrimas cuando este anciano, conservando todavía su exterior

magestuoso, aunque agobiado con el peso de los años, estrechó en sus brazos con cierta alegría, mezclada con la ternura y el dolor, causada por la idea del resultado funesto que consideraba como término probable del proceso. No fué bastante para muchos espectadores mostrarse llorosos, sino que se oyó un murmullo de sollozos y rumores.

Aquellos que se mantenían con bastante serenidad para examinar la conducta del pobre Geoffrey Hudson, de quien casi no se hacía caso en medio del vivo interés que causaban sus dos compañeros de infortunio, pudieron advertir en sus facciones señales de desagrado bien marcado. Habíase consolado en sus desdichas con la idea de representar un papel, que debía desempeñar de modo que hubiese memoria de él por mucho tiempo, y al entrar había saludado al tribunal y concurrentes con un aire caballeresco que, segun él, debía manifestar gracia, saber vivir, serenidad perfecta y una especie de indiferencia, resultado del desprecio con que miraba cualquiera que pudiera ser el del juicio. Pero se quedó su perso-

nita tan á la sombra por la sensacion general que produjo la entrevista del padre y del hijo, traídos por separado de la Torre, y puestos en la barra al mismo instante, que su desventura y dignidad relegadas á lo lejos del cuadro no pudieron excitar ni lástima ni admiracion.

El medio único que pudiera haber tomado el enano para llamarse la atencion, hubiera sido estarse quieto en su lugar, porque un exterior tan notable como el suyo no hubiera podido menos de fijar en él las miradas del público, segun lo deseaba con tanto anhelo. Pero, ¿cuándo se aconsejó la vanidad con la prudencia? Nuestro enano impaciente se subió de patitas en el banco que le destinaron, y, empinándose cuanto podia, trató de llamar la atencion del auditorio, procurando darse á conocer del caballero su tocayo, sir Geoffrey el grande, al que no podia llegar ni junto á los hombros, á pesar de su posicion elevada.

Peveril del Pico, cuya imaginacion estaba ocupada en asunto enteramente diverso, no advirtió las prevenciones reiteradas que le hacia el enano saludándole, porque se sentó

con la firme resolucion de perecer antes que dar la señal mas leve de debilidad á la faz de los Cabezas Morondas y Presbiterianos, reputando como tales en este instante á cuantos miraba como enemigos suyos, en suposicion de que todas sus ideas se referian á tiempos demasiado lejanos, y no podia pensar en darles epítetos mas modernos.

Por haberse sentado sir Geoffrey el grande quedó su cabeza al nivel de la de sir Geoffrey el chico, que se valió de la ocasion para tirarle de la casaca. Peveril del Pico por impulso maquinal, mas bien que voluntario, se volvió hácia el rostro arrugado del que, procurando hacerse notar y darse importancia, hacia gestos á dos pasos de distancia. Pero ni la singularidad de tal fisonomía, ni las indicaciones de cabeza, ni las señales de gratitud que le hacia el enano, ni lo diminutivo del individuo, pudieron por entonces suscitar algun recuerdo en el anciano caballero, quien, despues que le miró un poco, se volvió sin hacer mas caso de tal hombre.

Julian, cuyo conocimiento con el pigmeo

era mas reciente, en medio de las penosas sensaciones que le agitaban, no pudo mostrarse insensible á la compasion que le inspiraba su compañero de infortunio. Luego que le conoció, sin poder comprender porque combinacion de circunstancias se hallaba implicado en el mismo asunto que su padre y él, y puesto al mismo tiempo ante este tribunal terrible, le dió la mano, y el viejecito la tomó con una dignidad afectada, y una gratitud verdadera.

— Digno joven, le dijo, vuestra presencia es para mí un bálsamo semejante al nepentes de Homero, aun en esta crisis común á nuestros destinos. Siento mucho ver que el alma de vuestro padre no tenga el mismo resorte que las nuestras, alojadas en morada mas angosta; pero se ha olvidado del compañero antiguo de armas que tal vez hace ahora con él su última campaña.

Julian le respondió con brevedad que su padre tenia mucho en que pensar. Pero el hombrecillo, haciéndole justicia, como lo dijo entonces él mismo, no le importaba mas el peli-

gro y la muerte que la picadura del rejo de una pulga; no renunció tan fácilmente al objeto secreto de su ambicion; que era llamar la atencion del gran sir Geoffrey Peveril, quien á lo menos con tres pulgadas mas que su hijo, tenia aquella eminente superioridad de talla, que secretamente estimaba el pobre enano mas que ninguna otra distincion, aunque la tenia en su conversacion por objeto de sus habituales sarcasmos.

— Mi camarada antiguo, dijo alargando otra vez el brazo para tirar del vestido á sir Geoffrey Peveril, le perdono á vm. la falta de memoria, porque hace ya mucho tiempo desde que nos vimos en Naseby, combatiendo como si tuvieseis tantos brazos como el Briareo de la fábula.

El caballero que habia vuelto segunda vez la cabeza hácia el hombrecito, y que le oia como si buscara en lo que se le decia alguna cosa que mereciera la pena de prestar oidos, le interrumpió entonces diciendo impaciente: ¡Ta, ta, ta!

— ¡Ta, ta, ta! repitió sir Geoffrey el chico.

¡Ta, ta, ta! es una expresion que manifiesta poca estimacion, y aun desprecio en todas las lenguas; y si estuviera en lugar oportuno.....

Pero los jueces acababan de abrir la sesion; los alguaciles dijeron en alta voz: ¡Silencio! y el presidente, el famoso Scroggs, de odiosa memoria, preguntó con su voz espantosa á los oficiales, en qué pensaban permitiendo que se comunicaran los acusados á presencia del tribunal.

Débase observar que este ilustre personage no sabia muy bien como portarse en esta ocasion. No formaba su exterior de modo alguno aquel aire de dignidad y tranquilidad correspondiente á las funciones de su oficio. Era preciso que sin ton ni son diese berridos en pro ó en contra de los que se presentaban en su tribunal, y nunca se percibia en él nada parecido á la imparcialidad. En los primeros procesos relativos á la conspiracion cuando la opinion popular se habia declarado contra los acusados, nadie habia levantado tanto la voz como Scroggs. Como intentase alguno atacar la reputacion de Oates, de Bedlowe ó de los otros tes-

tigos principales, era segun él un crimen mas odioso que blasfemar del Evangelio sobre que juraban; esto era querer sofocar la conspiracion, procurar debilitar la confianza debida á testigos respetables, en una palabra, cometer un atentado tal vez igual al de alta traicion.

Pero habia ya poco tiempo que una nueva luz se presentaba á los ojos de este digno intérprete de las leyes. Sagaz en descubrir los tiempos por las señales, iba reconociendo que mudaba el torrente de direccion, y preveia tambien que el favor de la corte, y probablemente la opinion pública, se mudarian dentro de poco por los acusados y contra los delatores.

Scroggs habia pensado hasta entonces que Shaftesbury, uno de los criadores de la supuesta conspiracion, gozaba de gran crédito con Carlos; pero esta opinion quedó destruida por una confianza que tuvo con él su colega North aquella misma mañana. — Lor Shaftesbury, le habia dicho por lo bajo, tiene tanto valimiento en la corte como su lacayo de vm.

Este aviso, recibido por buen conducto, habia puesto en confusion al digno juez; pues,

aunque no se esmeraba mucho en obrar con arreglo á sus principios, deseaba con ansia salvar las apariencias. No le era facil olvidar las violencias que habia cometido poco antes contra los acusados, y sabiendo al mismo tiempo que el crédito de los delatores, aunque muy vacilante en concepto de todo hombre de juicio, era todavía muy considerable en el de la masa popular ignorante, se veia en una posicion muy delicada. Su conducta en este proceso se manifestó semejante á la de un piloto, cuyas maniobras se dirigian á llevar el navio por otro camino, antes que las velas desplegadas pudiesen recibir el viento que debe darle una direccion opuesta. En una palabra, estaba tan indeciso sobre quien debia ser su favorecido, que se podia decir, por la primera vez, habia llegado al estado de una imparcialidad relativa. Pudo comprobarse, por el tono aspero con que habló tanto á los acusados como á los testigos que deponian contra ellos, cual perro demasiado enfadado para no ladrar, pero sin saber á quien debe morder el primero.

Leyóse el acta de acusacion. Sir Geoffrey Peveril oyó con sosiego la primera parte, en que se le acusaba por haber puesto á su hijo en casa de la condesa de Derby, papista declarada, para con él prestar auxilio á la horrible y sanguinaria conspiracion, de haber tenido armas y municiones en su casa, de haber recibido una comision en blanco de lor Strafford, condenado á muerte y ejecutado como cómplice de la conspiracion. Pero cuando además oyó que habia tenido comunicaciones para el mismo intento con Geoffrey Hudson, alias sir Geoffrey Hudson, ahora ú en otro tiempo al servicio de la reina viuda, miró á su compañerillo, como si se acordara al instante, y exclamó impacientado: — Tales mentiras son ya demasiado groseras para que deba responder á ellas. Puedo haber tenido relaciones inocentes y leales, bien entendido, con el difunto lor Strafford, mi noble pariente, porque aun le llamaré así á pesar de sus infortunios, y con la parienta de mi muger, la respetable condesa de Derby. Pero, ¿qué rastro de verdad puede haber en que haya tenido comunicaciones con un bufon

decrépito de quien solo hago memoria hace ya largo tiempo que en una fiesta de Pascuas silbé una sonata para que bailara en un plato grande ó fuente, y divirtiese á la gente?

Lloraba casi de rabia el enano; pero afectó reducir el asunto á chacota, y dijo con una sonrisa forzada que sir Geoffrey, en lugar de acordarse de sus facciones en su alegre juventud, hubiera podido hacer memoria de haberle visto cargar con él en Wigan-Lane.

— Por vida mia, dijo sir Geoffrey habiendo reflexionado un poco, debo hacer os justicia, señor Hudson; creo que vm. estaba allí, y que oí decir se habia portado bien; pero conven-drá vm. conmigo en que pudo estar bien cerca de mí, sin que yo le hubiese percibido á vm.

Lo candoroso de esta observacion excitó en la sala un ruido como de careajadas reprimidas. El enano, siempre de pie en lo alto del banco, y poniéndose de puntillas, se esforzó en reprimir la audacia mirando al rededor de sí con altivez, como para advertir á los que reian se exponian á riesgos y peligros si no se contenian. Pero conociendo que sus adverten-

cias no producian otro efecto que renovar la risa general, tomó un exterior de indiferencia y menosprecio, y dijo con una sonrisa desdeñosa que nadie tenia miedo del leon encadenado, noble comparacion que aumentó de nuevo la gana de reir.

No dejaron de presentar contra Julian Peveril, que habia servido de tercero para una correspondencia secreta entre la condesa de Derby y otros papistas y clérigos católicos, quienes todos tomaron parte en la detestable conspiracion. Se cuidó de referir por extenso el sitio de Moultrassie-Hall, los golpes dados á Chiffinch en el camino real, el modo que tuvo el acusado de atacar, porque se sirvieron de esta expresion, á Juan Jenkins, criado del duque de Buckingham, añadiendo otros hechos que propendian á declararle criminal contra el Estado y la religion. Julian respondió por junto á todas estas acusaciones que era inocente.

Su compañerito no se limitó á una defensa tan sencilla; luego que oyó se le acusaba de haber recibido de un agente de la conspira-

cion una comision del coronel de un regimiento de granaderos, respondió colérico y con desprecio que si Goliath de Gath hubiera venido haciéndole tal propuesta, y ofrecerle el mando de un cuerpo compuesto de todos los hijos de Anak, no le hubiera dejado con gana ni posibilidad de volver á intentarlo.—Hubiera perecido entre mis manos al instante, dijo el valiente y leal hombrecillo.

Habiendo ya pronunciado su discurso el consejo de la corona en apoyo de la acusacion, se dejó ver el famoso doctor Oates, en un traje rigoroso y con el ropage de seda propio de su grado eclesiástico; porque afectaba mucha dignidad en el exterior y modales.

Este hombre singular, fundándose en las intrigas oscuras de algunos católicos, y gracias á la circunstancia casual del asesinato de sir Edmundbury Godfrey, habia encontrado medio de hacer impresion en el pueblo crédulo por deposiciones las mas absurdas; era un sujeto que no tenia para la impostura talento alguno, pero suplía esta falta con un descoco imperturbable, y á toda prueba. Un hombre

de juicio y reflexion que tratara de dar mas probabilidad á la conspiracion, obra de su cerebro, hubiera salido mal de la empresa, como acontece con frecuencia con los hombres sabios, cuando se dirigen á la multitud, porque no se atreven á contar mucho con su credulidad, sobre todo cuando las ficciones que se presentan reunen lo espantoso y terrible.

Oates era de un genio colérico, y el crédito que habia logrado le llenaba de insolencia y vanidad. Su exterior mismo era siniestro: llevaba una gran peluca blanca como un vellon, cubriendo con ella el rostro despreciable, largo en demasia por lo notable que era lo sobresaliente de la barbilla. Su pronunciacion era muy afectada y daba un acento muy particular á las vocales.

Presentóse este gran personage, tal como le habemos trazado, para servir de festigo en este proceso, é hizo una pomposa deposicion acerca de la existencia de una sublevacion tramada por los católicos, para trastornar el gobierno y matar al rey, con todos los detalles